



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

DOCUMENTO 38

La crisis revolucionaria y el pago de la deuda

Tocando un tema que pertenece a la actualidad, Bulnes opina sobre la crisis económica del país; comenta que el asunto de la deuda con el exterior, dejó de ser político para convertirse en “caso curioso” y ser estudiado por academias científicas médicas.

La crisis revolucionaria y el pago de la deuda*

¿Qué es una crisis? Es un cambio intenso favorable o desfavorable en el estado normal de una persona o colectividad, debido a circunstancias excepcionales o imprevistas, que puede matar a los individuos, y que en las naciones acaba siempre por volverlas a su estado normal viejo o recientemente adquirido. Si la crisis es de riqueza y abundancia la vuelta al estado normal tiene que ser de pobreza y sufrimientos.

Nunca en México, el estado de la gran mayoría del pueblo ha sido bonancible. El general Calles lo reconoce al decir en su tercera homilía electoral, dirigida a los agraristas, que los pueblos “continúan miserables y esclavos”. La bonanza tenía que ser para la nueva burguesía creada por la Revolución y desplegada en burocracia agotante, proclamando su edad de oro con los sorprendentes crecimientos de las rentas públicas, después de haber extraído al pueblo con la poderosa bomba del papel moneda todo lo que de valor tenía y repudiado esa deuda sagrada con el fin de salvarse inhonestamente de un compromiso con la Nación.

La administración obregonista fue escandalosamente favorecida por la Diósa Fortuna. El “reajuste” obligatorio al terminar la guerra mundial, hizo que la industria americana inundase nuestro mercado con buenas mercancías a bajos precios y dando facilidades a nuestro comercio para adquirirlas, el que pagó los enormes derechos aduanales, haciendo subir el año de 1921 los ingresos en cuarenta y dos millones de pesos. Apareció la bonanza de Toteco y después de la de Cacalilao y el tesoro obregonista recibió en cuatro años por contribuciones petroleras doscientos cuarenta millones de pesos. Al triunfar la rebelión de Agua Prieta, el nuevo Gobierno hábil y patrióticamente, proclamó una política de conciliación que uniera a todos los mexicanos, ofreció solemnemente dar toda clase de garantía al capital, envió emisarios al extranjero, para establecer estrechas relaciones de amistad y comercio con todos los gobiernos capitalistas y supo halagar a la opinión pública haciéndole creer, que el nuevo gobierno, lo sería para toda la Nación, sin establecer privilegios de clase. Con semejante actitud, una ola de confianza arrojó sobre nuestros negocios grandes masas de capital extranjero y nacional y todos tuvieron fe, en que la hora de la reconstrucción había sonado con una salva de nobles esperanzas en todos los corazones.

Pero toda la situación bonancible esperada por el país civilizado, anémico y lastimosamente melancólico, pronto debía hundirse por anormal e ilógica.

* Aparecido originalmente como: “La suspensión del pago de la deuda tiene que ser indefinida”; *Los grandes problemas de México*, 1926, pp. 282-285.

La política de armonía entre el capital y el trabajo, fue la vanguardia páfida de la política socialista radical. Apareció la bandera roji-negra hasta en el Palacio Nacional; la supremacía de la demagogia bolsheviqúe, el culto a Zapata, a quien Lenine habría ahorcado por troglodita como lo probaba la destrucción bestial de la industria azucarera de Morelos, que debió ser para que la explotara el pueblo; apareció el agrarismo saltando sobre la ley y aniquilando la propiedad, aparecieron los tribunales corrompidos y sectarios; el soviétismo yucateco sobre la Constitución, Proal apareció sobre el mismo bolsheviqúismo insultándolo por su descaro; apareció la negación de garantías a los obreros libres, las odas a los asesinatos políticos; el apoyo a todas las huelgas, la acogida brillante a los más fangosos agitadores extranjeros localizados en sus respectivos países como criminales, apareció el tren de lujo de las Líneas Nacionales, para honrar los restos de un Flores Magón; aparecieron las recepciones al otro Flores Magón, que con filibusteros yanquis trató de arrancar a su patria la Baja California. Contra los sinceros propósitos del general Obregón de reconstruir a México, apareció lo que tenía que aparecer, lo que no podía evitarse que apareciera, lo que el lúgubre destino del pueblo mexicano está obligado a cumplir; lo que es indiscutiblemente nuestro por ser indiscutiblemente horrible, apareció la revolución con sus catorce años de edad y sus seis mil años de rencores proletarios, robusta con su "lactancia de sangre", con su aliento de peste africana, su apetito zapatista de exterminio, su ceguedad moral de "tepalcate". En esos catorce años de revolución, que nos había destrozado, hubo entre el segundo semestre de 1920 y el primero de 1922, una crisis saludable de esperanzas, de ilusiones bellas, aunque idiotas, de cálculos deslumbradores erróneos de insomnios divinos, de carcajadas de limpio patriotismo. Pero esa crisis, acabó desde que fue aclarado que el Gobierno estaba resuelto a gobernar para el proletariado a costa de los derechos de las demás clases, no por convicción, sino por ese miedo calcinante que sólo las masas populares, cimientos de carne de la sociedad, saben infundir a los que hacen su conversión de carneros en lobos, sin que hayan sido tan trascendentes sus intenciones.

Lo político radical socialista más avanzada en México que en parte alguna del globo con excepción de Rusia, ha dado y seguirá dando sus frutos: a cada avance del mejoramiento teórico del proletariado, corresponde un empeoramiento práctico por el retroceso del capital nacional y extranjero de las funciones económicas de México. La suspensión del pago de la deuda es la medida más acertada para oponerse al derrumbe del Gobierno por rápida disociación molecular como son las causadas por falta de dinero. Mientras en México prevalezca el socialismo radical, prevalecerá la bancarrota oficial y social creciente, hasta rendir la jornada, en la gran catástrofe. Esa suspensión no puede ser temporal, nuestro lamentable estado económico la impone como indefinida. Todos esos convenios entre gobiernos para echar a cuestras por reclamaciones al pueblo mexicano, otros mil millones de pesos, además de los mil cuatrocientos ya reconocidos no significa más que palabras necias que ni siquiera deben fastidiar a los mexicanos, aun cuando sean pronunciadas por

personajes graves con carácter diplomático y escritas en clásicos pergaminos con sellos de añejas cancillerías. Pagar el rédito de cinco por ciento anual, sobre dos mil cuatrocientos millones de pesos o sean por año, ciento veinticuatro millones, sin contar lo destinado a amortización, es un asunto que ha dejado de ser político para ser incluido entre los más curiosos estudios de los alienistas y de las academias científicas médicas que coleccionan casos raros de trastornos cerebrales, oficiales y diplomáticos. Si el petróleo no hace un milagro como el del Diluvio, y es casi seguro que no lo hará México tardará en salir de su bancarrota unos cincuenta años por lo bajo, si es que antes no ha desaparecido. Entre tanto, nuestro presente se encuentra en Cacalilao donde ya comenzó la salazón.